

## Purga

### Escombros

FERNANDO VALLEJO

Penguin Random House, Bogotá, 2021,  
196 pp.

PARA EL año 2010 el autor había escrito y publicado ya unas ocho novelas, entre ellas *El desbarrancadero*, que ganó un merecido Premio Rómulo Gallegos. A partir de aquella fecha, con *El don de la vida*, vendrían otras cinco novelas, hasta llegar a *Escombros*, y todas ellas celebran invariablemente los *misterios dolorosos*, mismos que acompañaban el rezo del santo rosario los martes y los viernes, salpicados con humor negro, sabios consejos, respecto a los médicos (“evítenlos hasta donde puedan, y no se dejen meter a un hospital para morir”, p. 168), baladronadas del gran chingón (“así actué en mi mandato. En cuatro años escasos, le bajé veinte millones de pobres a Colombia con la multiplicación de mis fusiladeros”, p. 156), sarcasmos, evocaciones. Vuelve sobre temas recurrentes en sus obras, como el amor por los animales y por sus perras, compañeras a lo largo de la vida; reitera sus imprecaciones contra la reproducción y contra las “mujeres paridoras”, siempre con una atención especial en el uso de la lengua española, que tanto admira y cultiva: “[...] es límpida, lógica, dulce, áspera, suena bien hasta cuando chirría muerta de rabia. Sus malas palabras, como el cervantino ‘hideputa’, me saben a miel” (p. 179).

La impresión que deja la lectura de las novelas de este autor, desde *El don de la vida*, es que, salvo por chispazos ocasionales, cunde la fatiga y ya no queda más que una sarcástica invocación a la muerte a través de páginas desangeladas que se escribirían por hábito, o como una forma de venganza por no se sabe qué afrenta, o por un tic, o por vanidad, o siguiendo la voluntad de la editorial que ha sabido vender sus libros como pan caliente. Sin embargo, por la forma como empieza y como termina *Escombros*, uno se inclina a pensar que en el germen de esta novela hay un duelo por hacer que motiva la escritura. Principia narrando el terremoto de 2017 en México, que afectó de manera fatal al compañero del narrador:

Mi diálogo de cuarenta y siete años con David me lo interrumpió pues su muerte y quedé hablando solo en voz alta como si él siguiera viviendo, diciéndome a mí mismo lo mismo, lo mismo, lo mismo, y el eco repitiéndome desde las paredes de esta casa blanca donde vivo ahora sin él lo mismo, lo mismo, lo mismo, como un disco rayado” (p. 81).

Muerto su compañero, el narrador regresa a Colombia. “Han pasado dos años de mi regreso de México a Colombia y no consigo quitarme un instante de la cabeza el terremoto y la muerte de David” (p. 17). Y es que ambos eventos se juntan, para él, en uno solo: por el terremoto, muchas obras de arte que David había coleccionado en su muy larga vida trabajando como escenógrafo se malograron, y esto lo habría afectado de tal manera que, en lugar de salir de prisa a buscar refugio en el momento del terremoto, se quedó estupefacto, inerte, sin hablar y sin mover una pestaña, ya inclinado a la muerte. Las pérdidas son sensibles: “Y la infinidad de vírgenes que él tenía colgadas de las paredes—la de Guadalupe, la del Carmen, la del Socorro, la Inmaculada Concepción— se venían de cabeza contra el suelo. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!” (p. 9). El narrador sube corriendo a la azotea, el lugar más seguro en un caso de estos según explica, y cuando más tarde vuelve al apartamento se choca con una visión pasmosa:

Una fina lluvia de yeso llovía del techo. El candil veneciano seguía oscilando, oscilando, pero cada vez menos y menos hasta que cayó, atomizándose en el suelo en una fiesta de reflejos policromos de esquirlas vidriosas. El cuadro victoriano de los patos de dos o tres metros, y que habríamos podido vender por otros tantos millones asegurando el sustento de nuestra vejez, desprendido de un lado y colgando del otro como un Cristo desbalanceado con un brazo arriba y otro abajo. Y lo peor: clavado en el puro centro por la lanza de un hierro brotado de la pared. (p. 15)

Vallejo regresa al país natal, al que nunca dejó de regresar en sus novelas, país al que odia con empeñado encono: “Colombia la muerta de hambre” (p.

95). “¡Cuánto no quisiera yo desatarles la peste de verdad que se merecen Colombia y el planeta!” (p. 95). “[...] la entenebrecida Colombia, hija de España y sus oscuridades” (p. 96). “¡Y maldita seas, en fin, Colombia, patria de la miseria paridora! No tienes perdón del cielo ni posible redención” (p. 103). “En el transcurrir de las décadas y los siglos, Colombia la proteica continúa igual a sí misma, cambiando sin cambiar, empantanada en su mezquina esencia heredada de la mezquina España” (p. 167).

El narrador colombiano no deja de tener cosas comunes con el objeto de su odio, es la culebra que se muerde por la cola:

Soy anómalo. Siempre el mismo, el mismo, el mismo, diciéndome siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo, hora tras hora, día tras día, noche tras noche y con las mismas idénticas palabras, obsesivas, cocainómanas, heroínómanas, marihuanas [...]. ¿Y por qué entonces habría de cambiar pregunto? ¿Por darles gusto a mis enemigos de la prensa colombiana que me detestan? [...] Uno en mi unicidad, instalado en la estabilidad del que dice yo, de aquí no me mueve nadie. Soy una piedra fija, inamovible, dura. Si el viento quiere soplar, que sople. Y si al soplar se topa contra mí, que se tope. (pp. 82-83)

En esta suerte de alegato o delirio, la proyección oscura del narrador sobre Colombia, fatalmente, se vuelve contra él de manera alucinatoria. Con tan negras tintas la ha pintado que ahora ella lo espanta. A los insultos del narrador, Colombia le respondería con la misma moneda, con un odio que aquel experimenta como miedo, terror de ser invadido en su Casablanca que mantiene como un espejo por dentro y por fuera, según nos dice. Luego de un desencuentro con unos “desechables” en la calle, entra a la casa, “cierro rápido la reja de Casablanca antes de que se me venga esta chusma con sus cuchillos a degollarme. ¡Qué descanso! Logré entrar. Me tardo y me matan. Ya estoy en la seguridad de mi casa cerrada con siete llaves y Brusca a mi lado” (p. 61). “Arrastro tantos miedos... Miedos de la especie, miedos míos, miedos a los terremotos, miedo de

RESEÑAS		BIOGRAFÍA
<p>que se me funda un foco porque si me monto en un banco a cambiarlo me caigo y me quedo tetraplégico” (p. 63). “Desde que amanece hasta que anochece y desde que me acuesto hasta que me despierto Colombia me aterra” (pp. 180-181).</p> <p>Entre una y otra cantaleta, y en medio del caos y el horror, nos salen al paso ciertas ocurrencias graciosas que exaltan el ego del narrador y alivianan la lectura. Temiendo que el alzhéimer haya hecho presa de él, va a consulta donde “la doctora Muerte, Misiá Verraca” (p. 50), y ella le dice que no sufre de ningún alzhéimer, que lo que tiene es “una lucidez extrema”. Él siente que se le agota el calendario, y cuando pregunta, “la contadora de minutos” le confirma: “Se acabó. Vete ya”. A lo que él le dice que no se puede ir todavía, por Brusca: “No puedo dejar huérfana a mi niña porque la quiero mucho y la tengo que cuidar”. La Segadora, que lo tutea, tiene entonces esta ocurrencia: “Entonces la voy a matar junto contigo para que quedes libre de compromisos pendejos”. El narrador se ríe y le dice: “Fíjese en qué país anda. Está usted en la mismísima República de Colombia, tierra hambreada, miserable y ladrona, capital de la cacorrería del mundo donde a la Muerte le roban la guadaña. ¿Sí ve? Mire a ver dónde la puso. Ya no está. Se descuidó y se la esfumaron. Les dio papaya a los cacos” (p. 53).</p> <p>En <i>Escombros</i> la maldición de la especie humana y de la nación llamada Colombia se extenderá como una planta invasora y parásita, y alcanzará para maldecir al planeta y a la vida misma, que</p> <p>[...] insiste en seguir y seguir y se aferra hasta a las piedras. Todo lo coloniza. De una roca brota una hierbita. Quiere apoderarse de todo el universo. [...] En la maldita proliferación de esta horda de insistentes que se sigue propagando a costa de la materia inocente radica el Mal. [...] Resumiendo y para que quede claro: soy un defensor acérrimo de los derechos de la materia. Vida equivale a dolor y a muerte. No más vida, no más dolor, no más muerte, dejen a la materia en paz, paren esta joda, no la vivifiquen. (p. 18)</p>	<p>En el mejor de los casos, <i>Escombros</i> funciona cual revulsivo, y como el aceite de ricino con naranjada cumple su cometido. Y uno, purgado, dice con Rimbaud: “¡Esclavos, no maldigamos la vida!”.</p> <p style="text-align: right;"><b>Rodrigo Pérez Gil</b></p>	